

El poder transformador de la rabia

Javier Guerrero-C

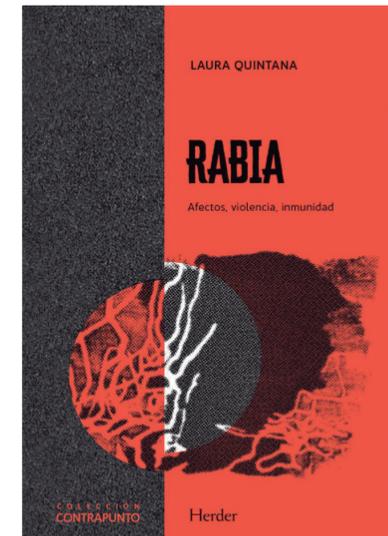
Sociólogo, docente ocasional del Instituto Tecnológico Metropolitano, javierguerrero@itm.edu.co

Existe un índice mundial sobre la felicidad, lo que no es sorprendente en una época en que todo pretende medirse, y si no es medible, seguramente no importa. Y no, Colombia no es el segundo país más feliz del mundo, aunque tampoco es que importase demasiado, teniendo en cuenta lo usualmente espurio de estas mediciones. Pero tal vez sí somos el segundo país más feliz del mundo, o lo éramos en el 2018, según la otra encuesta de Gallup. Y si vivimos en el segundo país más feliz del mundo, ¿por qué las protestas sociales?, ¿por qué nuestras vidas no parecen reflejar eso?, ¿si no soy feliz soy un perdedor?, ¿qué no estoy haciendo bien?, ¿tal vez las respuestas están en que vivimos en uno de los países más polarizados del mundo? Y es que más recientemente, una de esas consultoras especializadas en investigar el estado de ánimo de los países con el fin de informar a sus clientes sobre la estabilidad de estos, publicó los resultados de un sondeo/encuesta en internet sobre polarización, y resulta que Colombia está entre los seis países más polarizados del mundo. Si fuésemos más juiciosos, deberíamos afirmar que el informe categoriza a Colombia como uno de los seis más polarizados de los 28 en que aplica la encuesta. Sorpresa: países como China, Singapur, Arabia Saudita aparecen como los menos polarizados. No hay que indagar demasiado para encontrar una razón a esto. Volvamos a Colombia, el informe fue reproducido por varios medios nacionales “Colombia, el segundo país con más polarización del mundo” publicó la revista Cambio. Si lo publica una consultora y se presenta en foro de Davos, debe de ser verdad.

Por supuesto, no es este el lugar para discutir los aspectos técnicos de esa encuesta o de diseccionar la idea misma de polarización. Porque además esta parece ser un hecho dado, la polarización existe y parece estar hecha de algún material viscoso, pero lo suficientemente sólido como para que sea posible cortarle con un cuchillo con

el filo adecuado. Hay razones para creer en la polarización, sofisticadas de visualizaciones construidas a veces con millones de tuits, esos efímeros reflejos de la vida cotidiana muestran que “ya no nos hablamos entre nosotros”, y que ahora vivimos en “filtros burbuja”, además respetados y estudiosos académicos hablan de que Colombia (y otros países del mundo) es una sociedad polarizada; que además retrata a estos mismos académicos como capaces de estar por fuera de la polarización, como capaces de tener esa sangre fría para contener o alejarse de las emociones. Esto lo vimos todo el tiempo durante las pasadas elecciones presidenciales, casi cada vez que un politólogo, sociólogo, historiador o cualquier “experto” aparecía en televisión o radio, casi que inevitablemente terminaba diciendo algo en tono “Colombia es una sociedad polarizada”, “nunca se había visto semejante polarización”. Y este es el truco de los académicos, con solo decir “Colombia es una sociedad polarizada” ganan por partida doble, primero porque se muestran capaces de hacer un análisis serio, alejado de las emociones, y al hacer esto se sitúan a sí mismos como capaces de la “contención a sangre fría de las emociones”¹ y por tanto como más dignos de atención.

Y, por supuesto, toda esta línea de pensamiento tiene sus raíces en una larga tradición que considera que las emociones deben ser minimizadas en la política, ya escribía Montaigne en su ensayo *Sobre la Ira* que “No hay pasión que trastorne tanto la rectitud de los juicios como la ira”. Para Montaigne, la ira altera la forma en que vemos las cosas y por tanto es mejor esperar a que esta pase para tomar cualquier decisión, las emociones solo logran nublar la razón. Se ha sostenido que la democracia solo es posible cuando la razón derrota la pasión. Aunque cada vez menos, todavía la explicación de fenómenos políticos indeseables, populismo, protestas², son atribuidas a la capacidad de ciertos actores políticos de exaltar



ciertas emociones negativas como factor esencial para explicar su existencia.

En los últimos años se ha reevaluado el lugar de las emociones en la vida social, incluido el lugar del resentimiento y la rabia en la movilización política. Es en esta reexaminación del rol de las emociones, resentimiento³, rabia en la política, en donde se puede ubicar el libro de Pilar Quintana, *Rabia. Afectos, violencia, inmunidad*⁴.

Es muy posible que todavía la gran mayoría recuerde ese cursi #deestasaldremosmejores, que se difundió durante la pandemia, al mismo tiempo que proveedores de productos de cuidados de salud subían los precios o hacían pactos secretos con políticos para negociar muy por encima del precio de venta, o se revelaba (una vez más) que para muchas mujeres el enemigo estaba en casa y las desigualdades económicas demostraban toda su crudeza. Se hablaba entonces de la ‘nueva normalidad’, pero se nos convenció rápidamente, de la misma forma como ya de la pandemia se nos había convencido de que “las cosas no pueden ser de otro modo”. Incluso el mismísimo Zizek llegó a afirmar que la pandemia sería un golpe fatal. Pero si hay algo que el libro de Quintana nos quiere mostrar es que sí, que las cosas sí pueden ser de otro modo, y que ciertos enardecimientos transformadores tienen un importante rol en combatir la desigualdad. Hay un lugar para la rabia en cambiar el estado de cosas, tal vez sea más apropiado decir que sin rabia no hay posibilidad de cambio. Hay esperanza en el libro de Quintana.

En cuatro capítulos Quintana explora lo que llama “diferentes declinaciones de la rabia”, mostrando detalladamente lo insostenible de posiciones que consideran que las supuestas elaboraciones racionales como por fuera de los afectos. El primer capítulo gira en torno a la construcción del concepto de “economía afectiva”. En este capítulo, leer sobre la noción de optimismo cruel, que Quintana toma de Berlant, me hizo pensar en la potencia de varios de esos libros que han estado recientemente ocupando los primeros lugares de venta *El sutil arte de que (casi todo) te importe un carajo*, *Hábitos atómicos* y otros parecidos, que basados en una ontología individualista proclaman, como dice Quintana, con una paradójica crueldad, que tal vez lo único que se puede hacer es tener mejores hábitos, trabajar más, o simplemente aceptar el estado de cosas. El segundo capítulo podría ser un libro en sí mismo, si no estuviera tan bien articulado con el resto del libro. Y como no se trata acá de hacer un resumen del libro, traigo solo una frase que seguro nos toca a todos aquellos que nos hemos visto envueltos en reuniones en las que se nos pide ponernos la camiseta de la institución, que casi siempre significa trabajar por fuera de los horarios, olvidar la precariedad y la incertidumbre, y en lugar de esto ser asertivos y sonreír, o cuando se nos llama privilegiados por tener un sueldo medianamente decente, recordando esa forma de soborno que ejercían las mamás a la hora de la comida, “hay niños que se mueren de hambre”, esa frase “se prohíbe el desánimo” retrata de manera profunda esa paradójica crueldad con la que el capitalismo contemporáneo nos soborna. El imperativo de la felicidad se funde con el imperativo de la productividad, pero este no juega igual para todos los individuos. Aquellos que están en una posición de definir, aunque ellos mismos se vean atravesados en sus cuerpos por las métricas ubicuas del neoliberalismo, están en más o menos libertad de insistir a otros en ser felices con lo que tienen, en que sean más productivos o tomar medidas correctivas para mejorar la “actitud” frente al trabajo. Este capítulo, en últimas, disecciona esas lógicas que idealizan y naturalizan las formas de actuar bajo el neoliberalismo. Hay razones para estar resentidos.

Como se indicó al comienzo, recientemente se ha revalorado el lugar de las emociones en la

¹ Lorraine Daston, “Objectivity and the Escape from Perspective”, *Social Studies of Science* 22, n.º 4 (1992): 597-618. <https://doi.org/10.1177/030631292022004002>

² Mauricio Alvarado, “Emociones y redes: lo que mueve el paro”, *El Espectador*, 30 de noviembre de 2019, <https://www.elespectador.com/ciencia/emociones-y-redes-lo-que-mueve-el-paro-articulo-893672/>

³ Jeff Goodwin, James Jasper & Francesca Polletta eds., *Passionate Politics: Emotions and Social Movements* (Chicago, The University of Chicago Press, 2001).

⁴ Laura Quintana, *Rabia. Afectos, violencia, inmunidad* (Barcelona: Herder Editorial, 2021).

vida social y específicamente del resentimiento. Tradicionalmente se ha hecho la distinción entre *ressentiment* derivado de Nietzsche y *resentment*, derivado de los filósofos ilustrados escoceses. En el que se consideraría al *ressentiment* como una forma cuasi patológica en la que los desfavorecidos enfrentan su situación frente a los que consideran causantes de su situación y el *resentment* como una forma legítima de responder a injusticias. Quintana aterriza su concepto para llevarnos a considerar al resentimiento como un “afecto atravesado por sedimentaciones históricas distintas, que a veces se cruzan en puntos inesperados, a veces se separan, a veces se conectan íntimamente”. Contrario a la lógica reactiva con la que se suele caracterizar al resentimiento, Quintana muestra que la rabia lejos de ser netamente individual, subjetiva y patológica tiene un papel transformativo.

Una reseña del libro *Rabia* no puede dejar por fuera el exitoso esfuerzo, a mi modo de ver, de Quintana en escapar de una mirada binaria que contrapone el mundo en positivo y negativo, en exponer las zonas grises y evitar esos lugares comunes tan presentes cuando la rabia organizada perturba la cotidianidad. En esta rabia se esconde la violencia, pero no el tipo de violencia que busca acabar con el otro. Aquí es claramente importante el feminismo, y especialmente el feminismo negro en reivindicar formas de acción directa, en mostrar que la rabia de las mujeres puede llegar a ser una extraordinaria fuerza revolucionaria. El manuscrito de Quintana es un llamado a desarticular esas lógicas que promueven la naturalización de la injusticia bajo diferentes regímenes justificatorios, a entender en la “rabia digna” la posibilidad del cambio. ■



Rosenberg Sandoval @rosebergsandoval, Puñal (1987 - 1988), Dibujo hecho a puñal sobre madera. Registro José Kattán